

Enriqueta Vila Vilar

“San Felipe de Jesús, el primer santo criollo”

p. 277-292

De la historia económica a la historia social y cultural.

Homenaje a Gisela von Wobeser

María del Pilar Martínez López-Cano (coordinación)

Ciudad de México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2015

360 p.

Ilustraciones, cuadros

ISBN 978-607-02-7457-2

Formato: PDF

Publicado: 16 de agosto de 2016

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/homenaje/von_wobeser.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



SAN FELIPE DE JESÚS, EL PRIMER SANTO CRIOLLO¹

ENRIQUETA VILA VILAR
Real Academia de la Historia de Madrid

Felipe de las Casas y Martín, nacido en México en 1572, de padres españoles, es un ejemplo de cómo la religiosidad se había instalado en un mundo globalizado después de Trento del mismo modo que también ejemplifica el espíritu de aventura y movilidad de los hombres de aquella época: hijo de un rico comerciante que trabajaba en la ruta de Filipinas, se trasladó a Manila donde, al cabo de dos años, sintió la llamada de la misión que le llevó al Japón, en cuya ciudad de Nagasaki moriría crucificado junto a otros religiosos en 1597. Pero además es un símbolo en otros varios aspectos de su vida y muerte de los que me voy a ocupar en estas líneas. En primer lugar, la clase social a la que perteneció que le proporcionó unas posibilidades de elección que otros no tuvieron; en segundo, la proyección ambigua de su persona que sus hagiógrafos han trazado, como suele ser normal en esta clase de literatura; en tercer lugar, los hechos fortuitos que lo llevaron hasta su final destino y, por último, los años que transcurren entre su beatificación y canonización definitiva, circunstancia también bastante usual en la canonización de los santos que suele estar determinada por cambios de la mentalidad colectiva en la que mucho influye la Iglesia y los avatares políticos. Todo ello, unido a que fue nombrado muy pronto patrón de México y que murió crucificado junto a veinticinco personas más a fines del siglo XVI, hecho de gran trascendencia para la historia misional y de

¹ En 1968, antes que se publicara mi tesis de licenciatura, publiqué un pequeño ensayo por encargo de una editorial (*Santos de América*, Bilbao, Ediciones Moretón, 1968) en el que dedicaba unas breves páginas a San Felipe de Jesús dentro de un capítulo titulado “Mártires de Norteamérica”. Desde entonces tenía pendiente profundizar algo más en la figura de San Felipe. No he encontrado mejor ocasión de hacerlo que en este libro homenaje a mi muy querida amiga y colega, Gisela von Wobeser, quien en su espléndida actividad investigadora ha pasado de la historia económica a la faceta en la que actualmente se encuentra del mundo del “más allá”.

las órdenes religiosas que ha producido una importante literatura y manifestaciones artísticas, hacen de él una figura de un gran interés para la historia social y religiosa. Mi intención en este pequeño trabajo sólo es ofrecer algunas reflexiones y nuevos datos sobre su personalidad que sirvan a futuros investigadores que deseen acercarse a un personaje cuya devoción está muy extendida en México, pero que aún no tiene el estudio que se merece.

La primera noticia que tenemos de la familia de San Felipe de Jesús es el casamiento de sus padres, Alonso de las Casas y Antonia Martín, en la parroquia del Sagrario de Sevilla, el 5 de noviembre de 1570.² Es curioso que, a pesar de que el apellido del padre parece ser sevillano —la familia Las Casas de Sevilla, uno de cuyos miembros fue el célebre fray Bartolomé— su procedencia era Illescas, lo cual no le libra del tufillo de judeoconverso que destila dicho apellido porque muchos de ellos estaban establecidos por aquella zona.³ La madre era natural de Sevilla y probablemente el matrimonio se celebraría con el fin de marchar a Indias ya casados, porque el 22 de junio de 1571 se les da licencia a ambos para embarcar, lo que realizaron el 10 de agosto de 1571 en Sanlúcar de Barrameda. Aunque las biografías que he consultado afirman que iba con ellos su suegra, eso ocurriría en un viaje posterior del que ahora me ocuparé. En esta ocasión iba sólo el matrimonio tal como acredita la licencia obtenida que aparece en la lista de pasajeros y dice así:

Alonso de las Casas, natural de la villa de Illescas, hijo de Juan de las Casas y Marina Álvarez, se despachó a la provincia de la Nueva España con Antonia Martín, su mujer, natural de esta ciudad de Sevilla, hija de Juan Ruiz y Catalina Martín, su mujer, por Cedula de S. M. Cualquier navío.⁴

Un matrimonio que ya esperaba un hijo o que concibieron a bordo porque nueve meses después del embarque nació en México su primer varón, Felipe. Poco se sabe de las actividades del padre en esos primeros años, pero debió permanecer en México algún tiempo antes de volver a España, según la constancia que queda en una probanza que mandó hacer en 1585. Varios de los testigos declararon que lo conocían de “once o doce años a esta parte”, que

² Iglesia parroquial del Sagrario de Sevilla, Libros de casamiento, 1570, Libro 3.

³ Sobre el apellido Las Casas, de Sevilla, y su condición de conversos véase Juan Gil, *Los conversos y la Inquisición sevillana*, v. 8, Sevilla, Fundación El Monte, 2001-2010, v. III, p. 453-466.

⁴ Archivo General de Indias, Sevilla (en adelante AGI), *Contratación*, 5537, L.3, f. 449v.

hacía que residía en la ciudad de México. En efecto, en ese año necesitó probar su residencia de más de diez años para ostentar el cargo de teniente de factor y proveedor del puerto de Acapulco y declaraba que pasó a esas tierras hacía doce años o más, que mantenía casa y familia y que en los tres últimos años había tenido el oficio de teniente del factor y proveedor de Fernando Dávalos y Ayala en el puerto de Acapulco. Pedía que se le reconocieran sus méritos de haber servido bien el oficio e intervenir en todas las operaciones necesarias en el tráfico de navíos del puerto a Filipinas, Perú y navíos de cacao de Guatemala, con el valor añadido de haber contribuido con su propia hacienda —hasta 8 000 pesos— cuando no había liquidez en la Caja Real.⁵

Todos los testigos, entre los que se encuentran el propio Dávalos Ayala, Álvaro de Castrillo, escribano de registros del puerto de Acapulco, y varios mercaderes mexicanos, no dudan en afirmar que lo conocen; la mayoría de “tres años a esta parte” y otros de “doce años más o menos”. Definitiva debió ser la declaración del escribano de registros quien dice:

Que sabe que Alonso de las Casas vive en México desde hace doce años poco más o menos donde tiene casa en la que ha visto alojarse a hombres principales a los que ha hecho mucho regalo y que tiene caballos y ornato para su servicio y que es hombre honrado y principal y que de tres años a esta parte ha tenido a su cargo el proveimiento de las armadas que de S.M salen del puerto de Acapulco.... Todos dicen que cuando la Real Audiencia envió oidores a Filipinas él los avió sin cobrar nada. Que es de edad de más de 30 años.⁶

Terminada la probanza, el 15 de diciembre de 1585, toda la audiencia con la firma de los oidores certificó que “reside en esta ciudad, tiene mujer e hijos y es hombre hábil y diligente y de buena opinión. Que S.M. le sirva como crea conveniente.”⁷

Como se puede observar la Audiencia fue más cauta y omite los años de residencia porque lo cierto es que la familia Las Casas pasó en Sevilla alguno de aquellos años. No he podido averiguar cuándo regresaron a la península, pero lo cierto es que, en mayo de 1579, aparece otro registro en la lista de pasajeros del tenor siguiente:

⁵ AGI, *México*, 218, N. 7. Información de Oficio y parte: Alonso de las Casas, teniente de factor y proveedor del puerto de Acapulco, Vecino de México con parecer de la Audiencia de México. Año 1585.

⁶ *Ibidem*.

⁷ *Ibidem*.

Alonso de Casas, natural de la villa de Illescas, hijo de Juan de Casas y Marina Álvarez, se despachó a la Nueva España con Antonia Martín, su mujer, natural de esta ciudad, hija de Juan Ruiz y de Catalina Martín. Llevan consigo a Felipe, e María e Alonso sus hijos solteros y Catalina Martín, su suegra, natural de la ciudad de Salamanca, hija de Francisco de Salamanca y de Antonia Martín. Lleva consigo a Gaspar de los Reyes, su hijo y de Juan Ruiz su marido por cedula de su magtad.⁸

Viajaba con ellos una muchacha como criada llamada Ana María⁹ y fue en esta ocasión cuando viajó con ellos la suegra y otros dos hijos, además de Felipe que cruzaba el Atlántico con siete años. Se puede pensar que sus posteriores deseos de aventura estuvieran motivados por esta experiencia infantil.

Pero ¿por qué volvió la familia a España? ¿Cuándo? La primera de las preguntas se puede colegir. Si el oficio de Alonso de las Casas era el de mercader, no especializado aún en el comercio con Filipinas, parece lógico que, como cualquier otro de su oficio, hiciera viajes de ida y vuelta a España para portar mercancías con las que comerciar. Eso es cierto, pero también lo es que no era frecuente viajar con la familia y por eso es rara su posterior vuelta a Nueva España, esta vez con toda una prole; lo que indica, sin duda, su decisión de instalarse allí definitivamente, como así fue. Y también su percepción de que el negocio a través de la reciente ruta con Filipinas podía ser de más provecho que el anterior.

El modelo del comercio con Filipinas poco se diferenciaba del modelo atlántico: galeones —en el caso de Manila uno o dos al año— con una frecuencia reglada e impuesta por los vientos favorables, mercancías de Oriente a través de las Filipinas a cambio de plata mexicana, ley de oferta y demanda generalmente determinada por la plata, subida y bajada de precios impuesto por la coyuntura, mayor facilidad para las ganancias en el primer siglo de este comercio en el que apenas existían normas que cumplir y una feria que se celebraba anualmente en Acapulco en la que comerciantes de una y otra orilla se ponían de acuerdo en los precios a través de los intermediarios o “encomenderos”, en el sentido de llevar encomiendas de los más ricos establecidos en ambos lados del Pacífico. Estos encomenderos, a su vez, se enriquecían con el porcentaje cobrado

⁸ AGI, *Contratación*, 5538, L.1, f. 228v. 9 de mayo de 1579.

⁹ Ana María, natural de esta ciudad de Sevilla, hija de Jerónimo Hernández y de Francisca Hernández, se despachó a la Nueva España por soltera y por criada de Alonso de las Casas. AGI, *Ibidem*.

por el acarreo de valiosos objetos y especias que se distribuían primero por México, en pequeñas proporciones, y desde allí pasaban a Europa. Sin embargo, a medida que el virreinato se engrandecía, estas mercancías costosas y exóticas quedaban en mayores cantidades en sus distintos territorios desde donde viajaba también al Perú.¹⁰ Es verdad que siempre el comercio con Manila estuvo coartado por la fuerza del Consulado de Sevilla que veía y denunciaba como la plata mexicana y aún la peruana se escapaba hacía el Pacífico sin apenas controles hasta muy entrado el siglo XVII. Sólo los primeros años fueron muy provechosos para los “mexicanos tratantes en China” y a ellos perteneció el padre del futuro San Felipe.

Cuando a principio de la década de los noventa, con veinte años cumplidos, Felipe de las Casas se embarcó para Filipinas su padre debía ser ya un hombre muy rico. Familiar del Santo Oficio, cargo muy apetecido por los grandes comerciantes para justificar su sangre pura y su importancia social, Antonio de Las Casas era uno de los comerciantes más importantes del llamado “Galeón de Manila” que cruzaba cada año el Pacífico. Debía ser un gran conocedor de todo su entramado mercantil. Había tenido tiempo de aprender cuando en 1583, es decir, casi una década antes, había detentado el oficio de teniente del factor de Acapulco. Toda esta situación familiar, que se conocía muy difusamente y algo distorsionada, nos puede guiar para intentar examinar la mentalidad del joven Felipe y su posterior trayectoria.

No he podido sustraerme, al examinar su vida y al leer sus biografías, de la comparación con un personaje sevillano, don Miguel Mañara Vicentelo, hijo de otro rico comerciante entre Sevilla y Perú, don Tomás Mañara,¹¹ también emigrante, en este caso de Córcega a Sevilla. Ambos son hijos de emigrantes, ambos llevan una vida disipada hasta que su conversión los hace santificarse, ambos mueren en olor de santidad, uno por el martirio y otro por su obra social que ha trascendido los siglos y aún perdura, y ambos reciben el mismo tratamiento por parte de sus primeros biografiados,

¹⁰ Ver Carmen Yuste, *El comercio de Nueva España con Filipinas. 1590-1785*. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1984. p. 13-15 y 64-67. También de la misma autora: “De la libre contratación a las restricciones de la permisión. La andadura de los comerciantes de México en los giros iniciales con Manila, 1580-1610”, en Salvador Bernabéu Albert y Carlos Martínez Shaw (coords.): *Un océano de seda y plata: el universo económico del Galeón de Manila*, Sevilla, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2013, p. 85-106.

¹¹ Sobre este importante comerciante véase Enriqueta Vila Vilar, *Los Corzo y los Mañara. Tipos y arquetipos del mercader con América*, Sevilla, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 2011.

que intentan presentar jóvenes pecadores con una espectacular conversión porque lo que les interesa es ensalzar la figura del santo, tergiversando u ocultando la verdadera historia de los hombres que fueron. Con ello consiguen una aureola legendaria que desfigura al personaje y es difícil escapar de ella para recapacitar sobre los hechos históricos. San Felipe de Jesús fue beatificado, junto a los compañeros que recibieron con él el martirio en Japón, a los pocos años de aquel hecho. Desde entonces se le reconoce como santo y patrono de México, aunque en realidad no fue canonizado hasta 1862. El venerable Mañara, del que se escribe la primera biografía a los tres meses de morir y un año después se inicia el primer interrogatorio para su canonización, aún no ha sido ni siquiera beatificado a pesar que su proceso sigue abierto en la Sagrada Congregación de los Santos. La figura de Miguel Mañara sigue creando fascinación e interés entre los historiadores y literatos, no sólo por la controvertida y nada cierta leyenda que lo presenta como el modelo del don Juan Tenorio, sino sobre todo por su obra social inigualable y perdurable hasta hoy, por la iglesia que construyó y adornó con los mejores artistas del momento —Murillo, Valdés Leal, la Roldana— y por sus enigmáticos escritos que hacen de él el típico personaje del barroco. La devoción a su figura continúa viva en Sevilla y su obra, un bellissimo hospital de ancianos con la iglesia más emblemática del siglo XVII sevillano, sigue con la misma asistencia y culto que dejó diseñado su fundador, cuya personalidad generó y sigue generando una abundante literatura.¹²

¹² La primera biografía de Mañara la escribió un jesuita, el padre Cárdenas, con el único fin de presentarlo como santo. Véase *Breve relación de la Muerte, Vida y Virtudes del Venerable Caballero D. Miguel Mañara Vicentelo de Leca*. La última edición, de 2009, es facsímil de la primera publicada en Sevilla en 1679. Lleva una introducción de E. Vila Vilar, Sevilla, Ayuntamiento de Sevilla y Hermandad de la Santa Caridad, 2009. Sobre esta hagiografía de Mañara existe un trabajo de la doctora von Wobeser titulado “Catarina de San Juan y Miguel de Mañara y sus frustradas carreras hacia la santidad. Hagiografía jesuítica en Sevilla y en Puebla en el siglo XVII” en la que compara la obra sobre ambos. Agradezco a la autora su original porque ignoro si está publicado. La literatura sobre este Mañara es muy amplia y sólo me remitiré a las biografías que me parecen indispensables: Jesús María Granero, S.I.: *D. Miguel Mañara Lec y Colonna y Vicentelo. (Un caballero sevillano del siglo XVII)*, Sevilla, Artes Gráficas Sevillanas, 1961. El autor, en esta biografía, dio a conocer la mayor parte del archivo de la Santa Caridad. Como obra definitiva Olivier Piveteau, *D. Miguel Mañara frente al mito de D. Juan*, 2 v. Sevilla, Fundación El Monte, 2007. Remite a una exhaustiva bibliografía. Para conocer a su progenitor y su entorno familiar ver E. Vila Vilar, *Los Corzo y los Mañara....* Véase también: Estudios sobre Miguel Mañara. *Su figura y su época, santidad, historia y arte*, J. Fernández López y Lina Malo Lara (coords.), Sevilla, Hermandad de la Santa Caridad, 2011. Este último libro colectivo contiene estudios interesantes sobre la religiosidad en la sociedad barroca

Aunque la noticia del martirio de San Felipe llega a México tan sólo un año después de los sucesos de Japón, su figura se difunde a partir de 1601 cuando se publica en Barcelona la obra de Marcelo de Rivadeneyra titulada *Historia de las islas del archipiélago filipino y los reinos de la Gran China, Tartaria, Conchinchina, Malaca, Siam, Cambodge y Japón* que, al igual que gran parte de estas hagiografías tempranas, fue escrita por un testigo de los hechos que narra y con la finalidad de conseguir la santificación de los biografiados. En este caso, doce franciscanos, tres jesuitas, tres niños y varios japoneses convertidos al cristianismo que fueron crucificados en Nagasaki por orden del emperador Taiko Sama. Esta primera relación es la que suele seguir la mayoría de la también abundante literatura que ha generado el santo patrón mexicano.¹³

La vida de Felipe de Jesús es perfectamente comprensible en el ambiente geográfico y social en que se desarrolla, en un mundo barroco donde el dinero comienza a hacerse poderoso y la religiosidad lo inunda todo, hasta tal punto que los nuevos estudios de historia eclesiástica no tienen duda en considerar a la religión católica y a la Iglesia como instituciones sociales articuladoras de la sociedad y la política en el antiguo régimen. Es completamente natural que un joven criado en una familia bastante rica, como se

¹³ Para los datos sobre su vida me basaré en las siguientes obras: Fray Baltasar Medina, *Vida, martirio y beatificación del invicto proto-martir de el Japón, San Felipe de Jesús, patrón de México, su patria imperial, corte de Nueva España en el Nuevo Mundo*, Madrid, Imprenta de los herederos de la Viuda de Juan García Infanzón, 1751; *Vida de San Felipe de Jesús, protomartir de Japón y patrono de su patria, México*, México, 1801. (Montes de Oca la inventó y grabó en México, Calle del Bautisterio de Santa Catalina M., n. 3). Este raro ejemplar lleva un largo título en su contraportada: *Breve resumen de la vida y martirio del ínclito mexicano y proto-mártir del Japón, el Beato Felipe de Jesús. Añadidas algunas obvias reflexiones en honor del mismo Héroe esclarecido, y de esta dichosísima Ciudad felice en ser su Patria. Por un eclesiástico de este Arzobispado, afecto del Santo, quien lo dedica á la ejemplarísima, Religiosísima Provincia del Santo Evangelio de esta ciudad de México. Con las licencias necesarias. Impreso en México en la Oficina Madrileña de la Calle de Santo Domingo y esquina de Tacuba, año de 1802*. Se trata en realidad de una pequeña obra escrita por algún religioso deseoso de estimular la devoción al que ya era considerado santo y que Montes de Oca ilustró para dar una mayor difusión entre la gente sencilla. Contiene 29 grabados de la vida del Santo, cada uno de los cuales lleva una leyenda al pie de lo que significa con la misma letra manuscrita de la portada, que en el caso del ejemplar manejado por mí aparecen encuadrados juntos. Para información sobre esta curiosa obra ver Elena Isabel Estrada de Gerlero, "Los protomártires del Japón en la hagiografía novohispana" en: V.V.A.A. *Los pinceles de la Historia. De la patria criolla a la Nación mexicana-1750-1860*, México, Banamex, 2001, p. 72-90. He consultado también: Eustaquio María de Nenclares, *Vida de los mártires del Japón*, Madrid, Imprenta de la Esperanza, 1862; Enrique Eduardo Ríos, *Felipe de Jesús, el santo criollo*, México, Ediciones Xóchitl, 1943; Manuel Canseco Noriega, *San Felipe de Jesús*, México, Editorial La Prensa, 1961. Esta última es una narración novelada de corte ampuloso y nacionalista que pretende revivir la devoción en México de San Felipe de Jesús.

desprende de los documentos, en una ciudad populosa y cosmopolita como era la capital del virreinato de la Nueva España a fines del siglo XVI, con una mentalidad abierta probablemente proporcionada por el viaje trasatlántico que realizó de niño y por las noticias que constantemente llegaban a su casa del otro lado del Pacífico, fuera una persona inquieta y curiosa y, también, cómo no, con una adolescencia y juventud díscola y atrevida, dispuesto a probar todo lo que la vida le ofrecía.

Los biógrafos, con bastantes leyendas a sus espaldas, lo presentan como un niño travieso y desobediente —no falta el punto novelesco del ama negra que lo adoraba y de la higuera que no floreció hasta que ocurrió el martirio— y como un joven disoluto que gustaba de todos los placeres y que su educación fue preocupación constante para sus padres. La familia numerosa que ya era cuando volvieron de España —Felipe, Alonso y María— aumentó considerablemente en tierras mexicanas con los nacimientos de Diego, Juan, Matías, Catalina, Úrsula y Mariana, pero sus hermanos estaban más o menos encauzados: Juan era religioso agustino, Francisco se preparaba para entrar en la orden franciscana, Matías había muerto y los otros o se habían casado o habían profesado en alguna orden religiosa. Al parecer fue Felipe el único que les dio problemas, pero no debieron ser demasiados porque aún muy joven, con 17 años, ingresó en los Descalzos de Puebla. Probablemente el mayor de esos disgustos fue su decisión de colgar los hábitos, algo también normal en un joven inquieto. Aunque como todos los de su posición se educó en el colegio de San Pedro y San Pablo, dirigido por los jesuitas, al parecer no logró terminar grado alguno. Sin embargo, también al parecer, tenía una gran afición a la platería —los plateros lo tiene por patrón— por lo que no parece que tuviera mucho tiempo para ser el joven disoluto que quieren hacer de él, sobre todo si tenemos en cuenta que a los veinte años ya ayudaba a su padre en el comercio y se embarcó para Filipinas con una cargazón importante.

Haría el viaje con la ilusión de alguien con carácter aventurero —de esto no hay porqué dudar— que marchaba a lugares de los que siempre había oído hablar: la belleza de las Filipinas y los misterios de reinos casi míticos como Camboya, Conchinchina o Japón. La aventura de oriente atraía a los criollos de la misma forma que la aventura americana había arrastrado a los europeos. Hay que admitir, por lo que se deduce de la insistencia que ponen sus biógrafos, que no desperdició las diversiones que se le presentaron con las ocasiones que tuvo en Filipinas donde disfrutó de una vida opulenta que le proporcionaron los negocios de su padre. Sus dos primeros

años allí no parece que fueran demasiado edificantes. Los desmanes que le achacan de pendencias, mujeres, alcohol o escándalos —para todos los gustos hay— pueden tener algo de verdad y ha dado lugar a una creencia extendida posteriormente que su santidad se debe sólo al hecho heroico del martirio, ocurrido por un azar involuntario. Es decir, que puede parecer que una vida disipada y un martirio alcanzado por un hecho fortuito, como ahora se comentará, puede explicar que la devoción a San Felipe haya podido oscilar según las épocas. De esa forma, se entiende bien que en la *Breve Historia...*, obra de autor anónimo, publicada en México en 1802,¹⁴ después de la dedicatoria y antes de la aprobación se incluya este dictamen de persona autorizada:

Parecer del Señor Dr. D. Joseph de Castañiza, Marqués de Castañiza, Doctor teólogo en esta Universidad, Rector que ha sido en ella, Familiar y Consultor del Santo Oficio, y Director del Real Colegio de Indias de Nuestra Señora de Guadalupe en esta Corte.

Excmô. Señor: He leído con la atención necesaria el resumen de la Vida del glorioso Protomartir del Japón el Beato FELIPE DE JESUS, que V. Excia. se sirvió remitir para mi censura.....y aunque sucintamente, hace ver, que el Martirio no es como lo pintan comúnmente los mundanos, una Obra ofrecida por el acaso, justifica fácilmente a aquel que se conservó vicioso hasta el punto de derramar su sangre: Este concepto tan injurioso a la Providencia divina, y al mérito de los esforzados Confesores de la Fe de Jesu Christo, es casi el único que se tienen formado por lo común las gentes del Beato FELIPE DE JESUS. Ellas creen, que la contingencia de haber caído en manos de los enemigos de la Religión, le hizo borrar en la Cruz los desórdenes de su juventud, y adquirir un triunfo, a que no juzgan hubiera llegado por el ejercicio de las virtudes, y sin la facilidad de conseguir en pocos días de persecución la Gloria que es premio de una heroica caridad

Y sigue diciendo que quien lea la obra quedará convencido que el Beato Felipe de Jesús fue santo antes que mártir y su martirio premio de su heroica santidad, al tiempo que recomienda que se publique. Este escrito está fechado en México en septiembre de 1800.

En efecto: Felipe de Jesús, por muchas que hubieran podido ser sus faltas, durante unos años antes de su martirio dio abundantes pruebas de su arrepentimiento a partir del día de mayo de 1593 que llamó al convento de Nuestra Señora de los Ángeles de Manila, retomando su vocación adolescente y desligándose de todo lo que hasta

¹⁴ Véase referencia en nota completa del libro a que me refero en nota 11.

entonces había constituido su vida. El convento, aunque muy pobre, construido de tablas y con escasos medios incluso para alimentarse, era cabeza de la nueva Provincia de San Gregorio de Filipinas.

Pocos novicios había entonces en el convento por lo que el nuevo postulante pudo tener una gran unión con todos los que fueron sus maestros, sobre todo con fray Francisco de Montilla, que durante seis meses fue el encargado de los novicios y le alentó su interés por los países orientales cuando le hablaba de Malaca, China o Conchinchina que el franciscano conocía bien. Allí estaba también Gonzalo García, cuya vida era una auténtica novela de aventuras: había recorrido la India, China, Indochina, Malaca y las célebres Malucas; había sido marinero, comerciante y catequista de los jesuitas en Japón. Y allí estaba también Juan Pobre que conocía bien Japón y Siam.

Con esta compañía no debe extrañar que los deseos de Felipe de ir a evangelizar aquellas tierras fueran creciendo y marchar a Japón se convirtió en una obsesión. Su año de noviciado fue ejemplar según los testimonios de quienes le conocieron y en 1594, en el libro de las profesiones del convento de Manila, aparece la de fray Felipe de la mano del guardián fray Vicente Valero. A partir de entonces comenzaron los estudios preceptivos para su ordenación, llevando una vida ejemplar mientras seguía recibiendo noticias del Japón adonde marchaban algunos de sus compañeros y donde él deseaba ordenarse. Pero, ya sea por influencia de los padres que deseaban verlo de nuevo o por cuestiones internas de los franciscanos, en el año 1596 Felipe se vio obligado a regresar a la ciudad de México donde recibiría las sagradas órdenes. Con aquello acababan sus esperanzas de ir pronto a Japón sin poder ni siquiera adivinar que su destino, el que tanto deseó, estaba marcado: el 12 de julio de 1596 partía de Manila en el galeón *San Felipe* con rumbo hacia Acapulco en compañía de fray Juan Pobre.

Hablar del viaje del *San Felipe*, es introducirse en una novela de ciencia ficción según las condiciones que se dieron en el viaje, que arrastraron el navío a las costas japonesas en una trágica travesía que generó diversos informes en los que se relatan los más mínimos detalles, más o menos exagerados, pero coincidentes en la parte esencial. Hablar de fray Juan Pobre es también introducirse en una personalidad que se escapa de estas líneas. Tanto las vicisitudes del viaje como la figura de Juan Pobre son lo suficientemente conocidas como para que me detenga en ellas, pero si querría llamar la atención en que tanto el haber participado en aquel viaje del *San Felipe*, como la sólida compañía que le proporcionó el destino, han hecho

que podamos conocer a nuestro santo con más detalles de lo que hubiera sido pensable en tan corto espacio de tiempo, antes que su fugaz estancia en su soñado Japón lo llevaran al martirio,¹⁵ porque es precisamente a través de la semblanza que el conocido franciscano hizo de fray Felipe, como sabemos de su trabajo y su comportamiento después de ingresar en el convento de Manila. No se sus trae de mencionar la supuesta vida disipada del santo, aunque lo hace con indulgencia e ingenio:

Cuando pasó a las islas Filipinas sería poco más o menos de veinticuatro años de edad. Edad de mancebos distraídos como de ordinario suelen ser los que salen de la Nueva España por ser criados con mucho regalo; principio de hombres libres como lo era este mancebo, el cual andaba en Manila muy distraído...¹⁶

Cuenta cómo lo conoció, quienes eran sus maestros, su amistad con fray Pedro Bautista y que su misión era ayudar en la enfermería

...ejercitándose en caridad y paciencia. Era muy callado y recogido y casi por maravilla hablaba, por donde daba a entender que debía de andar interiormente bien ocupado. Y realmente lo debía andar, pues nuestro Señor, entre todos, lo escogió para el martirio y por un modo extraño;...[en el barco]...A todos daba buen ejemplo y, por su mucho recogimiento y silencio, se escapaba de las ocasiones y porfías que trae el mucho hablar y más en navíos donde de ordinario es la gente ocasionada.¹⁷

Los desoladores sucesos acaecidos en Japón ya son de todos conocidos. Enseguida de pisar tierra japonesa los frailes quisieron ponerse en contacto con sus hermanos, y aprovechando que el capitán del *San Felipe* debía ir a la capital, Osaka, para ver al emperador, los franciscanos aprovecharon el viaje y desde allí fueron a

¹⁵ Remito a una obra muy completa sobre ambas cuestiones de Jesús Martínez Pérez, O.F.M., *Fray Juan Pobre de Zamora. Historia de la pérdida y descubrimiento del galeón "San Felipe". Los veintiséis protomártires del Japón. 1597*, Valladolid, Institución "Gran Duque de Alba" de la Excma. Diputación Provincial de Ávila, 1979. En cuanto a la abundante documentación que se encuentra en el AGI he podido consultar lo siguiente que es sólo una pequeña parte de los datos que hay sobre este accidentado viaje: Carta del conde de Monterrey sobre el galeón *San Felipe*, *Audiencia de Filipinas*, 18B, R7, n. 86; Relación del viaje del navío *San Felipe*, *ibidem*, 79, n. 28; Cartas del franciscano P. Bautista desde el Japón, *ibidem*, 84, n. 80; Relación del martirio de franciscanos del Japón, *ibidem*, 79, n. 33; Memorial de Cristóbal de Azcueta y Menchaca, capitán del *San Felipe*, desde Acapulco, *Patronato*, 25, R. 53, 1594.

¹⁶ Martínez Pérez, J.: *Fray Juan Pobre...*, p. 288-289.

¹⁷ *Ibidem*.

Meaco donde la Orden tenía una escuela y hospital. En ella fray Felipe fue recibido por sus compañeros que pocos meses antes había despedido en Manila fray Francisco Blanco y fray Martín de la Ascensión, así como por fray Pedro Bautista. Parece como si una fuerza superior, una mano invisible hubiese guiado a Felipe hasta allí. ¿Por qué se hallaba en Meaco si su destino era México? ¿Por qué llegó en una época turbulenta cuando tantos otros habían conocido una sociedad japonesa tranquila y alegre? La orden de su traslado a México, el naufragio del galeón, el cambio de actitud del emperador Taico Sama con respecto a los franciscanos, todo, en fin, se nos presenta como una especie de tragedia en la que los “hados” persiguen al protagonista hasta llevarlo a su destino: el martirio en el lugar que él deseaba misionar y enseñar la palabra de Jesucristo.

Desde el 18 de octubre de 1596 que llegó a tierras del Japón hasta el 5 de febrero de 1597, pasaron poco más de tres meses y ellos bastaron para que se diera a conocer un nuevo santo. A los pocos días de llegar Felipe a Meaco, el 8 de diciembre, Taico Sama dio una orden para que se detuviera a los que vivían en el convento de Nuestra Señora de los Ángeles. Todos esperaban la muerte y el 30 del mismo mes, cuando se hallaban en el coro, un grupo de soldados con tres jueces que llevaban una orden de encarcelamiento los detuvieron y los llevaron a la cárcel, a pesar de los intentos del superior por salvar a Felipe que ni siquiera había profesado. El martirio prolongado, desde el 3 de enero en que fueron sacados a la plaza y mutilados, hasta la crucifixión el 5 del mes siguiente en Nagasaki, está narrado en todas las historias que cuentan la tragedia, del mismo modo que lo está la actitud de nuestro santo y los sucesos extraordinarios que ocurrieron, según los testigos, y de los que surgió una auténtica leyenda que se convierte en apocalíptica, no ya por el carácter que le quiso dar Rivadeneyra comparando las vestiduras blancas de los mártires en su caminar hacia Nagasaki con las que blanquearon al Cordero o el acto del martirio con una nueva Jerusalén. Visto el suceso con ojos actuales se convierte en doblemente apocalíptico si se piensa en el lugar de que se trata y lo que allí ocurriría siglos después. Todo lo que se cuenta sobre la luz que iluminó la colina en la que se alzaron las cruces y que permaneció por algún tiempo hasta que desaparecieron todos los cadáveres, toma actualmente unas dimensiones que no dejan de producirnos una especie de estupor que se convierte en auténtico escalofrío cuando se lee la cruda frase, —¿premonitoria?— con la que termina Eduardo Enrique Ríos su biografía de San Felipe. Dice así:

Terminamos esta breve vida del Santo Criollo, Felipe de Jesús, cuando acaso esté a punto de cumplirse la profecía de los cristianos que le vieron expirar en la cruz de Nagasaki: ‘¡Ay de ti, Japón —decían a coro— que te ha de castigar Dios porque así tratas a los justos!’ México, Distrito Federal, a 4 de Octubre de 1943.¹⁸

Es imposible hacer ningún comentario, salvo que existen tremendas casualidades históricas muy difíciles de descifrar.

La noticia no se conoció en México hasta que en octubre de 1598 arribó a Acapulco el galeón de Manila, cuando ya la fama del suceso y la iconografía del mismo se había iniciado al otro lado del Pacífico. Cuando el padre Rivadeneyra llegó a Macan presencié y, probablemente, participó en la solemne procesión que en honor de los mártires fue patrocinada por los portugueses, y ordenada y organizada por el visitador a la custodia de China, fray Antonio de la Madre de Dios, del convento de la orden en Goa. En ella participaron los padres de la Compañía de Jesús, de San Agustín y de Santo Domingo y numerosa población devota. Se consideró indispensable dar a conocer visualmente el solemne acto y para ello se hicieron pintar unos lienzos que recogieran la escena, que parecen ser los que inspiraron toda la iconografía de los mártires del Japón y del propio San Felipe y que luego pasó a ser recogida en la crónica que Rivadeneyra creyó indispensable escribir para conseguir en Roma la beatificación de los mártires de cuya causa fue postulador. Al parecer los lienzos con las imágenes de la procesión viajaron con Rivadeneyra a Roma y fueron pronto conocidas tanto en México como en España. Según el interesante estudio de Elena Isabel Estrada, ya citado, fueron ellos los que pudieron servir de modelo para los grandes murales que se pintaron en la iglesia franciscana de Cuernavaca, descubiertos en 1959.¹⁹

Como es sabido, después del concilio tridentino la representación pictórica de cualquier acontecimiento religioso cobra un importante papel y la imagen se convierte en elemento indispensable para la propaganda de la nueva Iglesia reformada. Las pinturas de los mártires de Nagasaki debieron causar un gran efecto en Roma y en toda la cristiandad. Rubial, en su obra *La santidad*

¹⁸ *Felipe de Jesús...*, p. 179-180.

¹⁹ Todo esto muy bien tratado en Estrada de Gerlero, “Los protomártires del Japón...”

controvertida,²⁰ dedica un capítulo al prototipo del “Mártir de Japón”, refiriéndose sobre todo al martirio y posterior canonización del segundo mártir criollo, fray Bartolomé Gutiérrez, agustino. Menciona el martirio de San Felipe y expone cómo después de la beatificación de estos primeros mártires se crea todo un modelo para hacer del Japón un lugar de martirologio mexicano mientras se olvidaba la serie de mártires que murieron en el mismo virreinato a manos de indios del norte, porque los jesuitas y los franciscanos acapararon la atención de *Propaganda Fide* sobre el modelo de los mártires del Japón a pesar de que muchos de los mártires novohispanos pertenecieran a sus órdenes. El hecho es cierto, pero más que porque los jesuitas y franciscanos pusieran la atención en los mártires del Japón, es que el modelo ya estaba creado por la imagen que se plasmó, a los pocos meses de suceder el hecho, que tuvo una indiscutible intención hagiográfica y que se fue repitiendo a través del tiempo.

Pero a pesar del impacto causado por estas pinturas tanto en el papa Paulo V como en Felipe II, la beatificación, que Rivadeneyra pensaba que sería inmediata, se retrasó algunos años hasta que, en 1627, el papa Urbano VIII —hombre controvertido que ha pasado a la historia tanto por su condena a las tesis de Galileo como por ser el autor del único documento que la Iglesia Católica emitió condenando la esclavitud de los africanos—²¹ emitió la bula de beatificación de los veintiséis mártires, que llegó a la Nueva España en 1628. Un año después, coincidiendo con la llegada de las reliquias del nuevo santo —así se le consideró desde entonces aunque la santificación no tuvo lugar hasta dos siglos después— y la impresión de la relación del martirio y la Bula, la provincia de los descalzos celebró la beatificación.

La llegada de las reliquias impulsó aún más la devoción al primer santo criollo. Dos compañeros que lo bajaron de la cruz intentaron rescatar su cuerpo, pero su destino final se desconoce así como los restos que de él quedaron. Al parecer viajaron a Manila, junto con los de otros mártires y de allí se les llevó a la Nueva España, donde el Cabildo de la ciudad votó por patrono de ella al “glorioso protomártir de las Indias, S. Felipe de Jesús”, y acordó

²⁰ Antonio Rubial, *La santidad controvertida*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Fondo de Cultura Económica, 1999, p. 129-155.

²¹ Enriqueta Vila Vilar, *Introducción y edición a la obra de Alonso de Sandoval, De Instauranda Aetiopun Salute. (Un tratado sobre la esclavitud)*, Madrid, Alianza Editorial, 1987, y “La postura de la Iglesia ante la esclavitud. Siglos XVI y XVII”, en: *Esclavitud y derechos humanos*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1990, p. 25-31.

hacerle una fiesta permanente en el convento de San Francisco. El 5 de febrero de 1629 empezaron las fiestas de la ciudad en su honor con luces, mascaradas, ruido de timbales, doblar de campanas, misas y sermones solemnes y en todo ello estuvo presente la madre, Antonia Martín, que recorrió el trayecto de la catedral a la iglesia de San Francisco bajo palio y al lado de una imagen de su hijo.²² Al fervor nacionalista exaltado ya con la devoción de la virgen de Guadalupe, se sumó el orgullo mexicano de ser la patria del primer santo y mártir de las Indias.

A partir de ese momento la devoción al santo patrono se extendió durante todo el siglo XVII en que tanto los virreyes como sus devotos se preocupan de allegar fondos para su culto y para proseguir el proceso de canonización.

Es el momento en el que la iconografía de San Felipe se extiende por todo el territorio novohispano y raro era el lugar donde no hubiera una pintura o imagen de bulto²³ y aunque en el siglo XVIII su devoción había declinado, es a principios del XIX cuando aparecen los conocidos grabados de Montes de Oca, que fueron patrocinados por los devotos de San Felipe para lograr la canonización. Entre ellos el más destacado es el del canónigo Joaquín José Ladrón de Guevara y, según las investigaciones de Dorothy Tanck de Estrada, le fueron pagados al autor, por la serie completa, 1 031 pesos, suma nada despreciable.²⁴ Uno de los grabados de Montes de Oca representa a San Felipe como la culminación del nacionalismo: sobre una peana con el águila y el tunal. El grabado tiene también tintes apocalípticos al aparecer la figura del santo dentro de un rompimiento de gloria, apoyado sobre el águila posada sobre el tunal, flanqueado todo por dos matronas que representan a España con su escudo y a México con un tocado de plumas y a sus pies el cuerno de la abundancia. Debajo del grabado aparece la siguiente leyenda “Nombra la afortunada México por patrón principal al biennacido, Felipe de Jesús, a quien le dio cuna”²⁵. La estampa no puede encerrar más rasgos nacionalistas y está inspirada en los mismos atributos del nopal y el águila con los que en muchas ocasiones aparece representada la virgen de Guadalupe.

²² Ríos, *San Felipe de Jesús...*, p. 177.

²³ Todo el tema iconográfico de San Felipe está muy bien tratado en Estrada de Gerlero, “Los protomártires del Japón...”

²⁴ *Apud, ibidem*, p. 86.

²⁵ *Vida de San Felipe de Jesús, protomártir de Japón y patrono de su patria, México, México, 1801* (Montes de Oca la inventó y grabó en México, Calle del Bautisterio de Santa Catalina M., n. 3).

Y termino como comencé: las mentalidades de cada época marcan los hechos ya sean extraordinarios o cotidianos. El siglo XVIII, el siglo de la Razón, es lógico que rechazara la figura de San Felipe, tan barroca y tan tridentina. La devoción al patrono fue decayendo, pero a principios del siglo XIX, con el auge del Romanticismo que se impone como una reacción revolucionaria contra el racionalismo de la Ilustración y el clasicismo, confiriendo prioridad a los sentimientos, es lógico que la devoción a San Felipe cobrara otra vez vigor. Debido a que el Romanticismo es una manera de sentir y concebir la naturaleza, la vida y al hombre mismo, que se presenta de manera particular en cada país donde se desarrolla, incluso dentro de una misma nación, se manifiestan distintas tendencias que se proyectan, sobre todo, en las artes. Y ahí surge otra vez el nacionalismo exacerbado en el que la imagen de los santos que lo configuran vuelve a resurgir como una necesidad más política que religiosa.

Mucho hay de ello en la canonización definitiva de San Felipe y compañeros mártires. Y también hay mucho de política nacional y vaticana. Tuvo que ser otro papa excepcional, Pío IX, el que canonizara a San Felipe y sus compañeros en 1862, casi tres siglos después de la beatificación. Juárez había desterrado a seis prelados mexicanos, en cuya presencia en Roma tuvo lugar la solemne canonización, pero hubo que esperar la llegada del dictador Porfirio Díaz para que el culto al santo criollo se reanudara. Sociedad, religión, política. Tres coordenadas que los historiadores tenemos que tener siempre en cuenta.